

## **RESUMEN DEL TEXTO 5 (II.3)**

### **3. LA IGLESIA ROMÁNICA.**

Los restos arquitectónicos aflorados durante la restauración y documentación de la iglesia nos permitirán formarnos una idea bastante aproximada del aspecto que tendría cuando sustituyó a la primitiva, de la que sólo debieron de reaprovecharse los elementos señalados y, quizás, algunos otros materiales pétreos de difícil identificación. Su reconstrucción ideal también se basará en la documentación disponible y en las características generales de las iglesias rurales de la época.

**Dejamos para el siguiente capítulo el estudio del edificio que 500 años después fue sustituido por la actual iglesia.** En primer lugar, porque en esta época contamos con una fuente documental repleta de noticias sobre su aspecto en el tercer cuarto del siglo XVIII: el Libro de Fábrica iniciado en 1746. En segundo lugar, porque dichas informaciones confirman lo esperable: que en un período tan amplio se produjeron modificaciones que pudieron desvirtuar el aspecto original del templo románico. La posibilidad de que hubiese sido sustituida por un templo intermedio no se tratará en capítulo aparte debido a que, durante la rehabilitación, no han aparecido vestigios significativos que confirmen dicha hipótesis, que no resulta totalmente descartable, pero sí demasiado remota para dedicarle mayor atención. La favorable situación económica de la parroquia y del Monasterio de Cornellana a mediados del siglo XVI podría haber conllevado la renovación de un templo tricentenario, pero al contar con un único elemento arquitectónico datable entre los siglos XIV y XVI (la clave de la bóveda de la capilla del Rosario), lo más razonable es pensar que dicha pieza proceda de una simple modificación del templo románico.

### **ELEMENTOS ROMÁNICOS CONSERVADOS.**

El avanzado deterioro de la mayor parte de las cargas de los muros, aconsejó su sustitución en 2013. El picado de los revoques (renovados en 1981) nos brindó la oportunidad de fotografiar los aparejos y dejó a la vista algunos interesantes elementos arquitectónicos que estuvieron ocultos hasta ese momento, siendo los más destacados **los tres vanos románicos que iluminaban el interior de la nave.** El primero en descubrirse no representó una sorpresa, si no la confirmación de las suposiciones planteadas en nuestro primer volumen al identificar la ventana ciega del antiguo trastero como un elemento arquitectónico románico. Dada la alta probabilidad de que su

recercado interior estuviese oculto bajo el revoque, aconsejamos realizar una pequeña cata arqueológica para examinar el aspecto que presentaba al interior”. Siguiendo dicha sugerencia, el 12.03.2013, el arqueólogo Alejandro García procedió a descubrir el recercado interior y a extraer los mampuestos y sillarejos que la cegaban (fig. 23).

Las sucesivas apariciones de las dos ventanas del muro sur sí supusieron una interesante sorpresa debido a la ausencia de indicios sobre su existencia. El 19.03.2013 se descubrió la situada sobre la puerta lateral y el 3 de abril, la media ventana ubicada sobre el arco de la capilla del Rosario. Tras ser restauradas por el especialista Ignacio Guzmán Pérez Garrido, las tres ventanas se dejaron a la vista, recuperando, las dos que se conservan íntegras, su función de iluminación de la nave. La recuperación funcional de la media ventana no fue posible debido a que, al interior, le falta la parte derecha y, al exterior, está oculta por la fábrica de la capilla del Rosario, por lo que se decidió dejar a la vista únicamente la parte del recercado interior que se conserva: la mitad izquierda.

Antes de iniciarse la restauración de la iglesia los únicos paños que conservaban la carga original a la vista eran los situados en la parte superior de tres muros del antiguo trastero. Al describir los enfoscados tradicionales de dicho muro señalamos las llamativas diferencias entre el pequeño paño situado en el extremo izquierdo y el más amplio de la derecha (en el que está integrada la ventana), claramente separados por una cesura vertical: el primero, terroso y homogéneo; el segundo, blanquecino y con lagunas que dejaban al descubierto el aparejo en algunos puntos. La perfecta integración de la ventana en el paño de color blanquecino nos llevó a deducir que se trataba de un fragmento mural original de época románica. En cambio, el paño de color terroso lo relacionamos con el engrosamiento interior del muro. Cuando, tras el picado de las cargas defectuosas, los aparejos de la mayor parte de los muros quedaron al descubierto, la interpretación de aquellas diferencias intuitas resultó lógicamente más sencilla. Desde el principio convinimos con el arqueólogo Alejandro García en que los paños cuyo aparejo estaba trabado y enfoscado con mortero de color blanquecino (en los que aparecieron las ventanas) pertenecían a la fábrica románica, mientras que los cargados con argamasa terrosa habían sido construidos durante la reedificación iniciada en 1777. El color blanquecino podría deberse al predominio de la cal A la espera del informe arqueológico y de los análisis geológicos de un fragmento del revoque exterior de uno de los muros de época románica, la sencilla distinción que acabamos de señalar en el párrafo anterior resultará suficiente para poder interpretar las dos etapas constructivas que han dejado su huella en los muros de la iglesia de Villazón.

**Los otros elementos arquitectónicos de época románica conservados son los cimientos y el arranque de los muros del presbiterio, y dos de los canecillos que sustentarían la cornisa de dicho espacio principal o, quizás, de la nave.**

En nuestro estudio preliminar, supusimos que, siguiendo las normas canónicas románicas, el presbiterio original habría sido edificado en el extremo oriental (en el lado opuesto del actual) y lo ubicamos en la zona central del actual pórtico. Coincidiendo con nuestra opinión, el arqueólogo Alejandro García identificó, desde un principio, un pequeño resalte cubierto de vegetación en la parte exterior del murete del pórtico con lo que podría ser la parte inferior del muro testero del presbiterio (fig. 61). Las excavaciones que inició el 8.05.2013, junto con Covadonga Ibáñez, vinieron a confirmar ambas suposiciones: el presbiterio fue localizado en la zona central del pórtico y, al retirar la vegetación, apareció el arranque del muro testero que estaba sustentado por unos potentes cimientos (figs. 62 y 69). La descripción e interpretación de los elementos románicos que realizaremos a continuación se basa en nuestras propias observaciones y en las informaciones facilitadas por los citados arqueólogos.

**Los muros laterales de la nave y las tres ventanas abiertas en los mismos.**

En 1777, cuando se reedificó la nave, se reaprovecharon algunos fragmentos de los muros laterales de la primitiva: los que integran las ventanas románicas y presentan el enfoscado blanquecino. En 1778, se completó la estructura, al añadirle las capillas laterales, el presbiterio y la sacristía, en cuyos muros se empleo el mortero terroso. Atendiendo a esta conspicua diferencia, podemos delimitar la extensión actual de los muros reaprovechados y calcular las dimensiones de la iglesia original (figs. 25 - 36).

La mayor parte de los muros interiores de la nave pertenece a la época románica. En el siglo XVIII, por el lado de los pies, se prolongaron unos 180 cm para unirlos al muro que sostiene la espadaña, que se edificó en esa época. Por el lado contrario se interrumpen poco antes de los arcos de las capillas laterales, como se puede apreciar nítidamente en el lado del evangelio, en donde la ventana aparece cortada justamente a la mitad. Además, fueron recrecidos por encima de la altura de la actual cubierta del pórtico y del antiguo trastero; es decir, el tramo vertical que va desde la cubierta hasta la cornisa también es un añadido del siglo XVIII. Las uniones laterales entre los paños de las dos épocas presentan unos perfiles muy irregulares, con entrantes y salientes con los que se buscaría una buena trabazón. Por eso resulta imposible ofrecer unas medidas exactas de la extensión de los muros románicos conservados, que por otra parte,

presentan algunas diferencias entre ellos, por lo que nos limitaremos a indicar unas medidas aproximadas que permitan imaginar las dimensiones de la iglesia y establecer comparaciones con otros templos asturianos. Resulta destacable, en el panorama románico regional, la anchura de la nave que, aunque presenta pequeñas variaciones, puede quedar establecida en torno a los 7 metros. Comparándola con otras iglesias románicas asturianas de una sola nave, vemos que resulta superior a la mayor parte de los templos rurales y comparable a las parroquiales de Santa Eulalia de Doriga (muy reformada) y San Juan de Amandi. Solamente algunas importantes iglesias cuentan con una única nave de anchura superior a la de Villazón. Los paños murales conservados en la nave de Villazón miden unos 7,75 metros, aunque debieron de ser más largos, pues resultaría extraordinario que la nave fuese cuadrangular. Parece improbable que se prolongasen hacia el actual muro de los pies por que, en ese caso, el presbiterio tendría que haber sido bastante corto. Sin embargo, las señales de interrupción en sus extremos del lado oeste (como la ventana cortada) nos están indicando claramente que por aquí sí se prolongarían, con lo que la nave adoptaría el característico formato rectangular. Al igual que Alejandro García, pensamos que la nave original pudo tener unas dimensiones similares a las actuales y estar iluminada por tres ventanas a cada lado.

**Las ventanas conservadas presentan características bastante homogéneas (figs. 37 - 48).** A la espera de los informes geológico y arqueológico, un simple análisis visual parece indicar que los sillares del recercado son de arenisca. Según anticiparon los geólogos, podría tratarse del mismo tipo de arenisca empleada en el siglo XVIII y, por tanto, podría proceder de la Peña de Gallo. Debido al grosor de los muros, cada ventana está compuesta por dos recercados interior y exterior compuestos por cadenas de sillares que encajan imperfectamente en la zona central de las jambas y el intradós; los espacios o intersticios entre ambos recercados se rellenaron con ripia y mortero y se disimularon con un enfoscado blanquecino que debió de recubrir la superficie interior. Presentan un acusado derrame interno que conecta una estrecha saetera exterior (que atenúa la entrada del frío y de la lluvia) con un amplio arco de medio punto interior con el que se busca conseguir una mayor difusión de la escasa luz que penetra. A pesar de su sencillez y desornamentación, los despieces de sus recercados presentan cierta regularidad y simetría que aportan un componente decorativo o estético. La regular y cuidada labra de los sillares de las jambas y los arcos contrastan con la rusticidad de la irregular mampostería de los alféizares, disimulada mediante enfoscados. Los dos recercados exteriores que se conservan a la vista presentan una morfología muy similar.

Las jambas están compuestas por tres pares de sillares cuya altura disminuye hacia la parte superior. Cada pareja de sillares presenta dimensiones y características muy semejantes, coincidiendo, en el vano sur, las tonalidades de piedra. Van rematadas por un dintel monolítico en cuyo borde inferior se labró un pequeño arco de medio punto.

En el tipo de labra, se aprecian algunas llamativas diferencias que resultan más visibles al exterior. Mientras que todos los sillares del recercado exterior de la ventana norte presentan el característico punteado múltiple efectuado con puntero, en la del lado sur solamente encontramos ese tipo de labra en el dintel, pues los sillares de las jambas presentan un estriado diagonal que seguramente fue realizado mediante trinchante. Los recercados interiores presentan, además, algunas ligeras diferencias en el despiece de los sillares, aunque apreciándose en todos ellos cierta tendencia a la simetría. Mientras que en el de la ventana de la epístola, tanto las jambas, como el arco, están conformados por cuatro pares de sillares, en el del evangelio las jambas están compuestas por tres pares de sillares y, el arco, por cuatro pares de sillares más una clave central. Aparentemente, la ventana incompleta también tendría este mismo tipo de despiece.

**El picado de la antigua carga de los muros también dejó al descubierto algunas otras estructuras compuestas por sillares, sillarejos o simples bloques** que (por su tamaño o por el tipo de material) destacaban sobre el aparejo románico, compuesto fundamentalmente por mampostería y sillarejos de caliza. La interpretación de su función resulta bastante compleja. Se trata de dos cadenas de sillares escalonados y una tercera en la que las piezas aparecen sobrepuestas.

En la cara interna del muro norte apareció una de estas estructuras (figs. 7 – 9). Se trata de una cadena de 7 sillarejos o bloques de distintos tamaños que forman una diagonal escalonada y están situados a media altura bajo la ventana románica. El paño en el que se integran presenta las características de la fase edificatoria románica. No parece probable que hayan formado parte de un elemento arquitectónico con función estética, pues están labrados toscamente y presentan formatos diferentes e irregulares. Desconocemos si la otra cara del muro existe una estructura similar pues la carga de este lado fue picada parcialmente para ser recubierta por paneles de Pladur.

Las estructuras del muro sur presentan algunas importantes diferencias con la anterior (figs. 49 – 57). Se conservan en las dos caras del muro bordeando un enorme boquete abierto en el paramento románico que fue cegado en el siglo XVIII con el característico aparejo de mortero terroso, por lo que, al contrario que en el caso anterior, están delimitando los encuentros entre el aparejo románico y el barroco. La apariencia

de sillares y sillarejos es más homogénea que en el muro norte. Aunque también existe cierta variedad en las dimensiones (destacando un gran bloque en la cara interior) la mayor parte presenta un tamaño mediano, aparentando ser de arenisca y estar labrados con las mismas técnicas que los de los recercados de las ventanas. Tres de estos sillares presentan el característico formato trapezoidal de las dovelas con las que se construyen los arcos, asemejándose a algunas de las que conforman los de las ventanas románicas. Dos de ellas, situadas en la cara exterior, aparecen afrontadas, coronando la parte superior del boquete y conformando lo que parece el arranque de un pequeño arco truncado; la derecha apoya sobre dos sillarejos de menor tamaño dispuestos sobre la esquina superior izquierda del dintel de la actual puerta lateral; la izquierda, sobre una cadena de 4 piezas escalonadas que arranca del encuentro con el muro este de la capilla del Rosario y describe una diagonal semejante a la que vimos en el muro de la epístola.

Por tanto, el boquete abierto en el muro románico y cegado en el siglo XVIII está delimitado al exterior por los siguientes elementos, enumerados de abajo hacia arriba. En el borde derecho, por la jamba y el dintel de la actual puerta de acceso y por la dovela situada sobre la esquina superior izquierda de la misma. En el borde izquierdo, por el encuentro con el muro de la capilla del Rosario y por la cadena de 4 sillarejos escalonados y rematados por la dovela de ese lado. En la cara interna de este muro encontramos el mismo boquete taponado. Aunque se corresponde aproximadamente con el del exterior, su borde derecho se mantiene vertical hasta llegar a la altura de las dovelas exteriores y está delimitado, en su tramo superior, por una cadena de 5 piezas muy irregulares que se disponen apiladas en lugar de escalonados. El borde izquierdo, al igual que su correspondiente al exterior, está delimitado por la jamba de la puerta y por una dovela de bordes bien escuadrados y cuya superficie parece labrada con puntero. Aunque el trazado del borde superior del boquete no se pudo apreciar con suficiente nitidez (por la luz artificial y los andamiajes), parece corresponderse con el exterior, rematando en su parte central en un pequeño arquillo que parece apuntado.

**Las posibles interpretaciones sobre el origen o la función original de las tres estructuras pueden ser muy diversas y difícilmente comprobables,** especialmente en el caso de la cadena cuya integración en un paño aparentemente románico podría deberse, según Alejandro García, a algún tipo de relación con una puerta del cementerio. Lo descrito sobre los restos del evangelio parece estar apuntando a una actuación desarrollada en el momento de la reedificación barroca en la que se reaprovecharon materiales anteriores. El formato, el tamaño y la ubicación del boquete

podrían corresponderse con un hueco (quizás, un arco) practicado en el muro románico para comunicar la nave con una capilla lateral con anterioridad a la reconstrucción de 1777, año en el que se debió de proceder a cegararlo. En general, los bloques, sillares y sillarejos que se disponen en los bordes de ese hipotético arco no parecen situados en su emplazamiento original. Aún suponiendo que procediesen, en parte, del recercado de ese arco, la mayoría aparentan haber sido reubicados desordenadamente. Solamente las dos dovelas exteriores parecen conformar una pequeña estructura arquitectónica (un arco truncado) que carece de sentido por su emplazamiento: demasiado alto y estrecho para ser el remate de una puerta y demasiado bajo para ser una ventana; de hecho, la verdadera ventana románica está situada a una altura bastante superior.

La clave para la interpretación de esta enigmática estructura aparecida en el muro del evangelio podemos encontrarla estudiando otras zonas en las que, como en este caso, se produce un encuentro entre el aparejo románico y el barroco. Como vimos, las uniones laterales entre los paños de las dos épocas presentaban perfiles muy irregulares, con entrantes y salientes con los que seguramente se buscaba una buena trabazón. Podemos añadir que algunos de esos encuentros parecen haber sido reforzados mediante la inserción de algunos sillarejos de tamaño bastante destacado, como se aprecia en las prolongaciones que se hicieron para enlazar los muros románicos con el muro de los pies de la iglesia actual: en el lado derecho de la cara exterior del muro sur y en el engrosamiento interior del muro norte (figs. 31-33 y 58-60). Posiblemente, con la inserción de las piezas situadas en el borde perimetral del boquete no sólo se buscaría conseguir una buena trabazón entre distintos aparejos. La existencia un hueco tan grande debió de considerarse un importante factor de riesgo para la estabilidad del muro que se pretendía reaprovechar, por lo que resulta descartable que las toscas estructuras arquitectónicas mencionadas hayan cumplido una función de contención y sustentación que habría evitado el desmoronamiento del arco de acceso a la capilla lateral. La mayor parte de las piezas integradas en sus bordes aparentan estar labradas en arenisca con las mismas técnicas que observamos en los recercados de las ventanas, por lo que podrían proceder de la fábrica románica. En el caso de las tres dovelas mencionadas no nos cabe ninguna duda. Sus perfiles, perfectamente escuadrados, y las marcas superficiales de los instrumentos con los que se labraron resultan suficientemente elocuentes; es posible que se hayan reaprovechado fragmentos de otras dovelas, a juzgar por los formatos trapezoidales de algunos sillarejos. Las tres dovelas conservadas íntegramente debieron de formar parte del recercado de uno o de varios arcos románicos de la iglesia románica.

La posibilidad de que alguna de ellas se haya mantenido en su emplazamiento original parece bastante improbable, aunque no se puede descartar definitivamente. En este sentido, resulta llamativa la correspondencia que se da entre las posiciones que ocupan, a ambos lados del muro, las dos dovelas situadas sobre el dintel de la puerta actual.

### **El presbiterio románico.**

Los restos aparecidos en las excavaciones arqueológicas permitieron confirmar algunas de nuestras previsiones preliminares sobre la cabecera románica: ubicación en la zona central del pórtico actual; posibles inestabilidades o derrumbamientos por proximidad a un fuerte desnivel; probable influencia de dicha circunstancia en la decisión de invertir la orientación de la iglesia. Las excavaciones o las simples actuaciones restauradoras también aportaron novedosas informaciones sobre la conformación del ábside original. Mediante las excavaciones del presbiterio fueron descubiertos los cimientos y la parte inferior del muro testero, un fragmento del muro norte, sendos fragmentos del pavimento y del subsuelo y un osario (figs. 4-6 y 61-75). Las informaciones obtenidas durante la restauración resultaron más modestas y menos concluyentes. El picado de los muros laterales románicos de la nave permitió concluir que sus restos habían sido prolongados, en el siglo XVIII, unos 180 cm para unirlos al de la espadaña, edificado en esa época. De lo que se infiere que el muro románico en el que se abrió el arco del presbiterio fue sustituido durante la reedificación por el actual muro de los pies. Seguramente sus trazados no serían coincidentes, pero es bastante probable que el muro románico haya estado en el entorno del actual muro de los pies. En cualquier caso, desconocemos el punto exacto y la forma en que se encontrarían los muros románicos de la nave con los del presbiterio. A pesar de ello, podemos hacernos una idea de las dimensiones que tendría el presbiterio partiendo de algunas medidas que sí hemos podido conocer o calcular. Teniendo en cuenta la anchura máxima del testero (unos 5,30 metros) y la distancia que lo separa de los muros laterales románicos, podemos conjeturar que pudo tener formato cuadrangular y unas dimensiones semejantes a las del presbiterio de la cercana iglesia románica de Godán: unos 16 pies por lado (5,28 metros). En Villazón, la diferencia entre la anchura exterior de la nave (9,10 m) y la del presbiterio sería bastante mayor que en la iglesia de Godán, cuya nave mide exteriormente unos 7 metros. Por tanto, la articulación entre la nave y el presbiterio de Villazón resultaría bastante acusada en planta, al tratarse de dos espacios nítidamente diferenciados (Víd. plano de Alejandro García, fig. 169)



Muy probablemente, el contraste entre nave y ábside también se acusaría al exterior, pues solían tener diferentes alturas (los presbiterios eran más bajos) y contaban con cubiertas independientes. Contamos con un dato que documenta el privilegiado tratamiento arquitectónico que se otorgó al recinto reservado al presbítero, al que se accedería por el característico arco de triunfo: en las cuentas de 1748 se abonaron 1 real y 17 maravedís “*por componer la bóveda de la capilla mayor*”, que debió de ser el único espacio del edificio románico original que contó con ese tipo de cubrición.

**Tras formarnos una idea aproximada de la estructura y la apariencia del presbiterio, pasaremos a describir los restos materiales aparecidos durante las excavaciones arqueológicas realizadas por Alejandro García y Covadonga Ibáñez,** que dejaron al descubierto los siguientes elementos: la parte inferior del muro testero, los cimientos del extremo septentrional del mismo, un fragmento del muro lateral norte y sendos fragmentos del pavimento y subsuelo del presbiterio (los ubicados en el ángulo nordeste, entre el muro testero y el mencionado fragmento de muro lateral). Al haberse levantado el murete del pórtico sobre la parte interior de los restos del testero, la parte sobresaliente de éste, con sus correspondientes cimientos, ha quedado aislada del resto de los elementos que hemos mencionado (figs. 64 y 66). Como se puede apreciar en las fotografías, en la zona exterior al murete, además de retirar la vegetación que recubría la parte inferior del testero, se excavó una cuadrícula de 1 x 1 m para dejar al descubierto los mencionados cimientos (figs. 67-69). Al otro lado del murete, en el interior del pórtico, aparecieron el resto de elementos mencionados; en este lado se excavó inicialmente una cuadrícula de 1 x 1 m que, a la vista del interés de los restos aparecidos, fue ampliada posteriormente hacia ambos lados (fig. 65).

Los restos del testero (que sobresalen unos 30 cm, miden 4,30 de largo y tienen una altura máxima de 73 cm y mínima de 30 cm) presentan algunas características comunes con el fragmento del muro lateral: tienen un grosor de unos 90 cm y conservan algunos fragmentos del revoque exterior, cuyo aspecto se asemeja al de los enfoscados de los muros románicos de la nave. A la espera de los resultados del análisis de una muestra del conservado en el muro lateral, su color blanquecino parece estar apuntando a la presencia de un significativo porcentaje de cal en su composición (figs. 63 y 75). La diferencia fundamental entre ambos muros es el tipo de aparejo. Mientras que el lateral está construido con mampostería, la cara exterior del testero está conformada, principalmente, por sillarejos dispuestos en hiladas (figs. 62, 63 y 73-75). La proximidad de este último al importante desnivel existente en el momento de su

edificación (cuando aún no había sido construido el actual muro de contención) explicaría, no sólo la mayor calidad de su aparejo, si no también, la potencia de los cimientos descubiertos durante la excavación arqueológica.

La cuadrícula excavada en el exterior del pórtico dejó a la vista unos cimientos de 1 metro de profundidad, estructurados en dos escalones y construidos a base de sillarejos de buen tamaño aparejados con algo de mampostería. El primer escalón va rematado por una hilada de losas que forman una estrecha zapata que actualmente está enrasada con el terreno. El segundo escalón, mucho más sobresaliente que el primero, parece estar construido con bloques de mayor tamaño (figs. 67–69).

A la espera del informe arqueológico, se aprecia que (a ambos lados del murete del pórtico) falta buena parte de los materiales de las paredes exteriores de la esquina nordeste del presbiterio. La pérdida de algunos mampuestos de la cara exterior del fragmento mural del interior del pórtico coincide con una fractura diagonal que parece continuarse al exterior del murete, en donde hay una mayor pérdida de materiales que afecta a la parte superior del primer escalón de los cimientos; la permanencia de la parte inferior del mismo constituye un claro indicio de que el muro testero se prolongaría (lógicamente) hasta encontrarse con el muro lateral para formar la esquina que no se ha conservado. A su longitud actual (4,30 m) habría que sumarle en torno a un metro. Una posible explicación de la desaparición de la esquina pudo ser su desmoronamiento por la proximidad al desnivel. La fuerte pendiente del talud en esa época constituiría un factor de inestabilidad tan evidente que en nuestro estudio preliminar ya contemplamos la posibilidad de que se hubiese producido algún derrumbamiento que habría podido influir en la decisión de trasladar la cabecera al extremo opuesto de la iglesia.

En este sentido, resultan bastante ilustrativas del estado de la iglesia en los años previos a su reconstrucción, algunas informaciones del Libro de Fábrica. En 1748 se reparó la bóveda del presbiterio. El pórtico, que en 1754 estaba “*muy arruinado*”, fue renovado en 1755, lo que no evitó una nueva restauración en 1771. A pesar de ello, en la visita de 1774 se ordenó comenzar las obras de restauración a la mayor brevedad tras comprobar que la iglesia estaba “*amenazando ruina*”. Aunque no se especificó qué partes de la iglesia estaban afectadas, no sería extraño que, finalmente, la comprometida ubicación de la cabecera hubiese provocado algún resquebrajamiento en su estructura, por lo que el desmoronamiento de la esquina nordeste pudo producirse después de esa fecha; quizás, durante las obras de demolición de los muros del presbiterio.

Para finalizar la descripción de los elementos aparecidos en las excavaciones, nos referiremos a los restos del pavimento y del subsuelo (figs. 4-6, 65 y 70-72). La profundidad de la excavación (mayor que en la parte exterior) y la complejidad de los elementos aparecidos, aconsejan esperar a la interpretación de los arqueólogos, por lo que nuestras observaciones (que en parte se basan en las informaciones facilitadas por los mismos) habrán de tener, necesariamente, un carácter provisional. Contigua y paralela al fragmento mural conservado dentro del pórtico, apareció una estrecha franja de enlosado que al parecer formó parte del pavimento interior del presbiterio. De apariencia bastante tosca, estaba formado por sillarejos y mampuestos bastante irregulares y de tamaño y apariencia similar a los del muro contiguo (figs. 70 y 71). Estaba dispuesto sobre un estrato terroso reaprovechado, mediante excavación, para formar uno de los osarios con los que debió de contar la iglesia (figs. 4, 65 y 72).

En el nivel inferior al osario apareció la enigmática estructura compuesta por amplias losas dispuestas sobre grandes bloques pétreos. La imposibilidad de continuar las excavaciones supuso un grave inconveniente para las posibles interpretaciones sobre su origen y su función, pero el profundo nivel en el que aparecieron permite contemplar una amplia gama de dataciones cronológicas: desde la etapa romana o altomedieval hasta la misma época románica en la que se edificó el ábside que la contiene (fig. 65).

A la espera de los resultados del análisis de los restos materiales del subsuelo, la información de los libros de fábrica nos permite anticipar algunas observaciones sobre la cronología del osario aparecido en el mismo. Teniendo en cuenta durante la reedificación del siglo XVIII se procedió (seguramente con carácter previo) a “*desocupar el osar(i)o antiguo*” y “*los huesos de la capilla mayor*”, resulta imposible que el osario aparecido en la misma existiese con anterioridad a 1777. Aún así, esos restos podrían proceder de enterramientos anteriores. En cualquier caso, parece claro que al enterrar los restos en ese lugar lo que, seguramente, se procuró debió de ser que quedasen acogidos a un antiguo espacio interior y especialmente sagrado que, incluso después de la reedificación, se mantuvo dentro del recinto edificado de la iglesia.

A la vista de lo dicho hasta ahora, podría concluirse que pudieron ser tres los motivos que aconsejaron situar la nueva cabecera en el lado opuesto de la iglesia y situar el pórtico sobre los cimientos de la antigua. Para aumentar el tamaño de la iglesia y, especialmente el de la cabecera que, debido al talud del lado oriental, sólo podía ser ampliada situándola en el occidental. De este modo también se consiguió que el muro de la espadaña quedase suficientemente alejado del talud. El tercer motivo pudo ser el

reforzamiento del elemento que, tras la reedificación, quedaría más cercano al desnivel: el murete del pórtico, cuya parte central se apoyó sobre los restos del muro testero para aprovechar sus potentes cimientos; de hecho, en nuestro estudio preliminar, cuando su parte sobresaliente permanecía enmascarada por la vegetación, le asignamos una función de refuerzo al pensar que se trataba de una simple zapata exterior.

### **Los canecillos románicos.**

Se trata de dos canecillos que pudieron soportar la cornisa de la nave o del presbiterio y que parecen coincidir, tanto en el material empleado (la arenisca), como en el tipo de labra, con los sillares de los recercados de las ventanas románicas: el mejor conservado presenta abundantes repicados que parecen realizados con puntero (fig. 84); en el otro, muy erosionado, solamente se vislumbran, en su costado derecho, algunas marcas diagonales que podrían indicar que también se empleó el trinchante (fig. 83). En nuestro primer estudio los describimos como “dos potentes ménsulas de piedra” que sobresalían del paredón rectangular de la espadaña y sostenían sendas vigas del corredor del campanario. Debido a las dificultades que presentaba aquella ubicación (angostura, oscuridad, suciedad y filtraciones) solamente pudimos fotografiar una de ellas que, por su aspecto renegrido y poco erosionado, no aparentaba estar labrada en arenisca ni tener suficiente antigüedad como para haber pertenecido a la fábrica románica (fig. 77). Tras desmontar la cubierta y quedar ambas a la vista y bien iluminadas, pudimos apreciar con el color anaranjado de la arenisca, la avanzada erosión de una de ellas y la coincidencia de sus volúmenes con los que suelen presentar los canecillos románicos (figs. 76 – 86). Una vez montado el andamiaje, también pudimos observar las huellas de la labra.

### **ELEMENTOS ROMÁNICOS DOCUMENTADOS.**

El documento que registra la primera mención del pórtico es de 1245 y, por tanto, su cronología medieval no plantea ninguna duda. El resto forma parte del Archivo parroquial de época Moderna y se refieren al aspecto de la iglesia en los tres primeros cuartos del siglo XVII, por lo que no es seguro que todos los elementos arquitectónicos mencionados hayan pertenecido a la iglesia románica, pues la mayor parte pudieron ser añadidos en cualquier momento anterior a la reedificación del año 1777. De todos estos, solamente incluiremos en este capítulo el que consideramos que, muy probablemente, perteneció a la fábrica románica: la bóveda del presbiterio. El resto (campanario, sacristía, tribuna, capillas laterales, etc.) los estudiaremos en el siguiente.

### **La bóveda del presbiterio.**

En las cuentas de 1748 se abonaron 1 real y 17 maravedís “*por componer la bóveda de la capilla mayor*”. A juzgar por el importe, los daños reparados no debieron de ser importantes. Sin embargo, el peso de esa bóveda, junto con el fuerte desnivel existente en el exterior, pudieron terminar influyendo en el posible desmoronamiento de los muros que la sostenían. Es probable que se tratase de una bóveda de medio cañón, pues fue el modelo predominante en el siglo XIII.

### **El pórtico o cabildo.**

La primera referencia aparece en uno de los pergaminos de San Pelayo Antealtares de Santiago de Compostela. Tres de ellos fueron confirmados en Santiago de Villazón, concretándose en la permuta de 1245 que el lugar de reunión de los testigos fue el pórtico de la iglesia: “*Qui presentes fuerunt in cabidro de Sanctiago de Villazón*”. Una frase similar aparece en otro pergamino compostelano de 1261 en el que, refiriéndose a los testigos, se dice: “*Qui presentes fuerunt quando esta carta fue rovrada (firmada) en cabrido de ant’el monesterio de Cornellana*”. Teniendo en cuenta el contexto y la cambiante ortografía de la época, resulta evidente que se trata de dos variantes del término que, según Bango Torviso, se aplicaba a los pórticos de las iglesias medievales asturianas: “cabildo”. La segunda (“*cabrido*”) coincide con la empleada para referirse al pórtico en las cuentas parroquiales de 1761, cuando se pagaron 16 reales “*por echar tierra al Cabrido*”. Otros términos usados en los libros de Fábrica de Villazón en época Moderna fueron “*cabildo*”, “*pórtico*” y “*portalada*”.

Según Calleja (2000), desde el siglo XII los miembros de feligresías asturianas, reunidos en concejo, validaron documentos en los que se denominaba a estas reuniones con el término “in concilio”, que no debe de considerarse sinónimo de “in cabidro”, porque en el caso de la permuta de Villazón se enumeró a los testigos especificando algunos detalles que permiten descartar un concilio parroquial, al figurar 3 vecinos de Godán y 6 presbíteros. En nuestra opinión, el término “cabidro” no deja lugar a dudas sobre su carácter material y arquitectónico, frente al jurídico del término “concilio”.

Bango Torviso define el pórtico medieval como un espacio cubierto y abierto que servía de vestíbulo en numerosas iglesias románicas y que podía ser “de piedra, como la mayoría de los que conservamos en la actualidad, o simplemente un cobertizo de madera, como serían la mayoría”. Al referirse a su orientación, hace algunas observaciones que nos pueden servir para hacernos una idea de la disposición que pudo

haber tenido el de Villazón. Se disponen “envolviendo la puerta principal (llamo principal a la que se usa; la más solemne es la que está a los pies, pero en las iglesias generalmente no se utiliza). El pueblo penetra en la iglesia por la puerta que está más próxima al camino que conduce al templo, ya esté al Norte o en el Sur”. Según él sus funciones fueron múltiples: lugares de reunión, de enterramiento de algunos personajes destacados y de celebración de determinadas funciones litúrgicas: encendido del cirio pascual, estación mayor en las procesiones, entrega de la novia por parte del padre.

La citada referencia del año 1245 nos permite concluir que, a mediados del siglo XIII, ya existía en Villazón una iglesia dedicada a Santiago que contaba con un elemento habitual en las edificaciones eclesiásticas de la época: un pórtico que cumpliría, al menos, la doble función de resguardar a los feligreses de las inclemencias propias de la climatología asturiana y servir de marco a sus reuniones o a las de los testigos y firmantes de determinados documentos, como en el caso que nos ocupa. Teniendo en cuenta lo descrito por Bango Torviso y la disposición de la iglesia en el núcleo de Quintana, lo más probable es que la puerta de uso cotidiano estuviese situada en el muro sur de la iglesia, que sería la zona por la que accederían los fieles a la misma.

En cuanto a si contaba (como muchas iglesias románicas) con otra puerta “más solemne” en el muro de los pies, en la documentación Moderna encontramos algunas informaciones que, aunque no resultan concluyentes, aportan algunas orientaciones sobre las puertas existentes en la iglesia. En las cuentas de 1749 se abonaron ciertas cantidades por la hechura de una puerta nueva y por los materiales: en la primera partida se anotaron 10 reales por la “*Madera para la puerta de la Iglesia*”; en las otras tres se alude a la misma con la fórmula “*dicha puerta*”. El uso del artículo determinado “*la*” parece indicar que sólo existía una puerta exterior. Sin embargo existe un cuarto apunte en el que se anotó un abono de 2 reales por “*una pieza y clavos que se gastaron en las dos puertas*”; en este último caso podría estar refiriéndose a la puerta exterior y a la de la sacristía que podrían ser las únicas con las que contaba la iglesia. Es posible que se hubiese fabricado una puerta exterior nueva y que, aprovechando la presencia del carpintero, se hubiese reparado la puerta de la sacristía.

Repasando el catálogo de las iglesias románicas asturianas (Álvarez Martínez, 2006) observamos que generalmente los pórticos se encuentran resguardando la puerta sur, aunque, en ocasiones, también se extienden hacia el lado oeste para proteger la de los pies. Es probable que la iglesia de Villazón contase, al menos, con una puerta en el lado sur que estaría resguardada por el pórtico mencionado en 1245, que seguramente

ocuparía buena parte de la fachada para poder albergar a un nutrido grupo de feligreses. En el caso de que hubiese existido una puerta a los pies de la iglesia, el pórtico podría haberse prolongado hacia ese lado. En cuanto a la ubicación de la puerta sur, lo habitual era que se abriesen más cerca del muro de los pies que de la cabecera.

### **ENTERRAMIENTOS DE ÉPOCA ROMÁNICA (INFORMACIÓN ORAL).**

Los enterramientos de los que hemos tenido noticia aparecieron durante las obras de realización de la actual carretera de acceso a la iglesia y a la población de Quintana, sufragadas en 1975 por la familia Arango. Nos informó de su descubrimiento un vecino que, en su día, tuvo la oportunidad de contemplar las obras: Marino Ruiz González. Según él, aparecieron cerca de la cabecera y contaban con tres piedras dispuestas entorno al cráneo del difunto. García Álvarez y Muñiz López consideran que estos enterramientos mixtos son característicos de los siglos XI al XIII.

Según dichos autores, la prohibición de enterrar en el interior de las iglesias comenzó a registrar algunas excepciones, “reservándose en una primera etapa a las clases dirigentes de la sociedad”, concentrándose “en el espacio cementerial exterior...los enterramientos de carácter campesino” y siendo a partir del siglo XIII cuando desaparezca definitivamente dicha prohibición. Por tanto, salvo que se hubiese enterrado a algún personaje principal, podemos suponer que los realizados en época románica en Villazón continuaron ubicándose en el exterior de la iglesia.

### **LA IMAGEN MEDIEVAL DEL SANTIAGO PEREGRINO. (figs. 88-90)**

Pedro Paniagua, en su monografía sobre escultura gótica en Asturias, incluyó la del titular de Villazón (junto con la imagen del mismo santo del templo parroquial salense de Viescas) “entre las primeras manifestaciones plásticas jacobeanas” de la región. Según él, “están estrechamente vinculadas entre sí y con la producción vernácula. Su lenguaje estético es marcadamente ingenuista, pero claramente expresivo del cambio de sensibilidad registrado en los albores del gótico regional. Exhibiendo la peculiar mueca que les confiere un semblante risueño, y que caracteriza lo que se ha dado en llamar impropriamente *estilo de transición* (mediados del siglo XIII)”. Esa misteriosa sonrisa podría relacionarlas con la corriente francesa del estilo gótico, una de cuyas vías de penetración en España fueron las peregrinaciones del Camino de Santiago (Vid. Ainaud Lasarte y Durán Sanpere, págs. 10 y 15). En el caso de Villazón, situado a la vera de la ruta interior del camino en Asturias, esa posible relación resulta bastante verosímil.

Otros rasgos que, según este autor, indicarían una temprana cronología serían su apariencia de “jóvenes imberbes” y “el sombrerillo de copa baja”; modelo que posteriormente será sustituido por el de “un varón maduro y de poblada barba” tocado con un “capiello de ala ancha que acabará imponiéndose a mediados del siglo XIV”.

### **HIPÓTESIS SOBRE LA CRONOLOGÍA DE LA IGLESIA ROMÁNICA.**

A pesar de no haber podido datar indubitadamente los restos arquitectónicos románicos conservados, existen una serie muy numerosa de indicios que, sumados y conjugados, parecen apuntar a una cronología tardía que podría situarse en torno a los años centrales de la última centuria de la plena Edad Media, el siglo XIII.

### **Las iglesias románicas tardías en Asturias.**

Según Soledad Álvarez (2006), en Asturias “la actividad constructiva fue muy intensa a lo largo del siglo XIII”. Por ello, muchos templos románicos asturianos presentan unas características propias de un románico tardío, rural y pobre. Según dicha autora, “aunque el siglo XIII se corresponda en Europa con la difusión el estilo gótico, en Asturias aún permanecieron vivas las soluciones románicas, que se fueron simplificando y degenerando conforme avanzaba la centuria. El carácter regresivo de ese románico tardío y decadente se acusó en todos los aspectos: en los aparejos, en la planimetría, en las estructuras y en la decoración”. “Los muros de sillería fueron sustituidos por los más pobres y económicos de mampostería. Las plantas abandonaron el esquema benedictino internacional del XII para retornar a otro más sencillo, relacionado con los modelos prerrománicos degenerados y compuesto por una sola nave y una capilla cuadrada. Las cubiertas mantuvieron la armadura de madera en la nave y la bóveda de cañón en la capilla, que empezó a adoptar una disposición apuntada, igual que los arcos de triunfo...Las portadas se simplificaron; se redujo el número de arquivoltas, casi siempre limitadas a una, que adopta forma semicircular o, con mayor frecuencia, apuntada y se apoya directamente sobre las jambas o sobre unas impostas de relieve tosco o completamente desornamentadas, al igual que lo está la rosca del arco”. “El carácter regresivo de estas construcciones y el retorno a soluciones arcaicas está relacionado con la intervención de talleres locales” que recurrieron a las soluciones más elementales y económicas y tomaron como modelos algunos de los templos altomedievales del entorno.



Sin embargo, García Álvarez y Muñiz López consideran que la posible actuación de talleres ajenos a las corrientes internacionales del siglo XII no ha sido justificada suficientemente. Para ellos, constituye una verdadera anomalía que se produzca un empobrecimiento de esta índole “en un momento de plenitud del Camino de Santiago, cuando la peregrinación a San Salvador de Oviedo vive su mayor fama más allá de los Pirineos, hay claros indicios de expansión agraria y recrudescimiento del régimen feudal y la actividad constructiva es muy intensa; es decir, en el marco más adecuado para realizar un arte de gran porte y recibir contribuciones artísticas externas”.

### **La favorable coyuntura de mediados del siglo XIII en Villazón.**

En lo que sí coinciden los estudios es en la intensa actividad constructiva que se registró en el siglo XIII. Al favorable contexto general descrito, se pueden añadir algunos datos concretos que se dieron en el caso de Villazón a mediados de ese siglo. La documentada existencia en esa época (1245) de un templo dotado con un elemento arquitectónico tan característico como el pórtico resulta congruente con las teorías de los principales medievalistas citados en este estudio, que asocian el surgimiento del románico en Asturias a una serie de factores que, en el caso de Villazón, concurrieron en esas fechas. Fue entonces cuando se produjo la confluencia de dos procesos que marcarían decisivamente la historia de la antigua iglesia familiar altomedieval: su transformación en iglesia parroquial y su vinculación definitiva al monasterio cluniacense de Cornellana, que actuaría como difusor de las nuevas corrientes artísticas, litúrgicas y culturales europeas que penetraron a través del Camino de Santiago, y cuya iglesia (reconstruida a fines del siglo XII) pudo servir de inspiración para la renovación de la de Villazón, sobre la que el convento ya ejercería un control mayoritario y un derecho de patronato que le permitirían beneficiarse de diezmos, derechos de enterramiento y “donaciones pro ánima”, y emprender una obra de esa envergadura.

En este sentido, Calleja (2000), apunta la “posibilidad de que el auge del románico en nuestra región - tan tardío- se relacione no sólo con el crecimiento económico propio de la época, sino también con un aumento de la presión fiscal sobre los campesinos dependientes...”

La propia ubicación de la iglesia en un importante hito del Camino de Santiago que, como vimos, registró un momento de plenitud en el siglo XIII, también debe de ser considerado como otro factor más de esa favorable coyuntura.

### **Coincidencias e indicios que apuntan a una cronología tardía para Villazón.**

En primer lugar, conviene destacar el perfecto encaje de la totalidad de los elementos arquitectónicos conservados o documentados de la iglesia de Villazón en el esquema trazado por Álvarez Martínez para definir los templos románicos asturianos de época tardía: aparejo de mampostería y sillarejo, desornamentación (como la que se da en los dos canecillos conservados), planta de una sola nave y presbiterio cuadrado cubierto por bóveda. Resulta especialmente significativa la desornamentación de los dos canecillos conservados, pues, en el caso de las ventanas, el modelo de las de Villazón se puede encontrar en numerosos templos románicos de todas las épocas: repasando el extenso catálogo de las iglesias estudiadas por Álvarez Martínez (1999 y 2006), encontramos hasta 18 edificios con ventanas similares que abarcan desde los inicios del siglo XII hasta algunos ejemplos tardíos de fines del siglo XIII o principios del XIV.

En segundo lugar, la datación asignada por Paniagua González (1999) a la imagen medieval del Santiago peregrino también resulta coincidente con la época en la que se conjugaron los factores coyunturales favorables analizados en el epígrafe anterior: mediados del siglo XIII.